

Separaciones, islas y fronteras

por Marcelo Urresti,
sociólogo, docente e investigador de la UBA

“Juventud” y “jóvenes” son dos términos altamente polisémicos y, según el modo en que se los defina, incluso pueden remitir a universos poco conciliables entre sí. Una perspectiva bastante habitual los considera como un grupo de edad comprendido dentro de límites que se determinan a priori, por ejemplo entre los 14 y los 29 años.

Aunque este abordaje parte de una decisión arbitraria –los límites pueden ser siempre otros–, presenta la ventaja de la exhaustividad, en especial en estudios de corte demográfico que analizan la población a través de parámetros cuantificables. Otra forma de aproximación se apoya en la idea de juventud.

Según este criterio, los jóvenes constituyen una población transitoria y renovable, en movimiento desde una pubertad ya consumada hacia una adultez definida por los atributos más frecuentes estadísticamente hablando, entre los que sobresalen el trabajo y la pareja estable, la autonomía material, la casa y finalmente los hijos.

La juventud se identificaría con esa moratoria por la que se difiere la entrada en la vida adulta, con ese tiempo de espera en el que se forja el proyecto de adulto latente en el joven. Este modelo pone el acento en los ritmos de maduración, sin detenerse tanto en la edad, variable que puede llevar a tratar homogéneamente experiencias incompatibles entre sí.

Así, por ejemplo, pueden apreciarse con claridad las diferencias entre distintos grupos sociales. En los sectores populares esa transición es más veloz, dado que las obligaciones de la vida adulta llegan antes, mientras que en los sectores medios y altos es más lenta.

Este planteo tiene el mérito de reconocer las diferencias en una sociedad marcada por la inequidad, pero corre el riesgo de perder de vista a quienes no responden al modelo dominante de ser joven.

Finalmente, puede sumarse a ellos un tercer criterio, que combina elementos de los anteriores y trata de evitar los problemas que hemos descripto. En este caso, los jóvenes son los que disponen de una posibilidad, un excedente de tiempo por vivir que en comparación con el de los adultos es más amplio y abierto. Esto depende de la edad, sin dudas, pero no se agota en ella.

Designa, más bien, una experiencia particular que se caracteriza, entre otros factores, por percibir el mundo como nuevo, por poseer una memoria social aún breve y por tener una distancia mayor respecto de la muerte y un proyecto de vida no realizado, con sus múltiples posibilidades abiertas. Todo lo cual coloca a los jóvenes en una situación totalmente alejada de la de los adultos, sin importar en este caso la clase a la que pertenezcan.

Ahora bien, en lo que hace a su grado de apertura y posibilidades, esta experiencia depende de la condición social: así, resulta más variada y prometedora en sectores medios o altos, y más estrecha en sectores populares. Ambas moratorias –la social y la vital–, entonces, se combinan solidariamente.

Desde ya, esta experiencia de transición está tamizada por la historia: no es lo mismo, por ejemplo, haber vivido ese período intermedio en la década del cincuenta –con su particular distribución económica, sus formas políticas dominantes, sus instituciones escolares o sus medios de comunicación–, que hacerlo en la década del noventa, con los cambios tecnológicos y las reformas económicas y políticas que ya conocemos. Son vivencias absolutamente heterogéneas entre sí. Así, en la medida en que la vida de cada persona transcurre en una época determinada, la moratoria vital es también la memoria social de la propia generación.

Moratoria social moratoria vital

Partamos del hecho de que en la Argentina actual la mayoría de los jóvenes vive en grandes ciudades. Se trata de una población concentrada en asentamientos urbanos que, salvo algunos casos puntuales como Rosario post crisis o Santa Fe, tienden a crecer en superficie y número de habitantes. En este contexto, entonces, cabe preguntarse por la experiencia metropolitana de las generaciones más jóvenes, pues en buena medida ella define el perfil de su vivencia generacional, es decir, del momento histórico-social que les toca vivir.

La ciudad moderna ha sido definida como un tipo de espacio colectivo que, a diferencia de otras modalidades de convivencia, se caracteriza por la masividad, la creciente velocidad de los flujos de personas, mercancías y mensajes, el cambio y la renovación constante de las formas, la abstracción del vínculo entre desconocidos, el anonimato de las personas respecto del conjunto, todos factores que se expresan en la variedad y la pluralidad de los estilos de vida.

La ciudad es también un espacio significativo, atravesado por la cultura, esto es, por las densas redes de significación construidas en la interacción y el intercambio recíproco de los actores. Y es también el espacio físico en el que se corporizan las diferencias sociales y se expresa la historia social compartida, tanto en lo que hace explícito como en lo que oculta. Un ámbito en el que se traba una lucha por la apropiación de los símbolos que lo definen y articulan, que se abre a la lectura y a la interpretación.

En este sentido, entonces, la configuración misma del espacio es un factor de sumo interés para comprender la vida social en un determinado momento, especialmente cuando se observa a los grupos juveniles y sus culturas, dado que el epicentro de su experiencia es el entorno metropolitano.

Pero cabe preguntarse: ¿cuáles son las líneas dominantes de esa experiencia para los jóvenes argentinos de hoy?

Históricamente, las grandes ciudades funcionaron en nuestro país como tierras de promisión y oportunidades: en ellas se abrigaba la esperanza del ascenso social, de una vida mejor y más plena, con mayores niveles de bienestar y de participación en el progreso y la modernidad, al margen de los lazos tradicionales que en muchos casos imponían límites férreos y autoritarios al desarrollo individual.

Buena parte de la epopeya migratoria del campo a la ciudad, y de las ciudades pequeñas a las más grandes –tendencia que se inicia en los años treinta y cuarenta y se completa hacia mediados de los años setenta–, se asienta sobre este imaginario de ascenso social, integración ciudadana y progreso personal y familiar. Numerosos jóvenes de entonces vivieron los ramalazos de estas luminosas promesas, en muchos casos concretas y gratificantes, y en otros (los menos) frustrantes y segregadoras.

Durante un extenso período encontraron puestos de trabajo protegidos, escuelas eficaces, hospitales modernos y viviendas que, aunque al principio no eran todo lo dignas que se podía desear, con el tiempo se reemplazaban por otras mejores, superando con creces el confort y las comodidades que brindaban los aún más precarios lugares de origen. Las ciudades cobijaban en sus conurbos a los inmigrantes de provincias pobres y de países limítrofes que al comienzo vivían dificultosamente y mejoraban con el paso del tiempo, integrándose no sin conflicto a la vida y las prestaciones que se ofrecían en las metrópolis.

De este modo, con sus diferencias internas, los centros urbanos se extendían en sedimentos temporales que iban desde el centro hasta las orillas, describiendo una tendencia centrífuga desde la riqueza hasta la pobreza, con una mejora colectiva ostensible y progresiva, fruto de salarios más altos, mayor inclusión institucional y obras de infraestructura orientadas a la promoción del conjunto.

En ese particular paisaje social se desarrollaba la experiencia vital de las generaciones jóvenes que, en distintos sectores y con diferentes puntos de partida, gozaban de prestaciones públicas, comunitarias y privadas de creciente calidad.

Esta dinámica, en la que la ciudad funciona como una suerte de unidad con un centro y periferias en progreso constante, se rompe definitivamente con las reformas económicas, sociales e institucionales de los años noventa.

Los jóvenes argentinos de nuestros días inician su apertura a la vida en centros urbanos que son hostiles para todos, independientemente de los recursos materiales de que dispongan; en un entorno que excluye de sus beneficios a la abrumadora mayoría de ellos, por lo general pobres y desempleados, y que suscita escasas expectativas de futuro.

La herencia más visible de la década del noventa son las enormes brechas sociales que surgieron como consecuencia de las políticas neoliberales y por los cambios productivos que impactaron intensamente sobre la esfera del trabajo y las formas de distribución económica vigentes hasta ese momento.

Este conjunto de factores influyó de manera decisiva en la conformación de las ciudades. La tan denunciada polarización de la sociedad se expresa espacialmente en la conformación de ciudades donde los diversos sectores sociales se separan entre sí, donde crece la presencia de emprendimientos urbanos protegidos que impiden el libre tránsito y el encuentro con los diferentes, donde los poseedores se aíslan del resto con custodia privada en verdaderas fortalezas y los desposeídos se ven relegados a cuasi guetos en los que aflora la marginalidad.

Se trata, en efecto, de un mapa social fragmentado y poco integrado, con enormes desequilibrios y desigualdades. Este escenario, a su vez, se completa con la fragmentación de las clases medias urbanas, hasta hace poco paradigma de la excepción argentina en América Latina.

Estos procesos dan lugar a brechas espaciales altamente significativas para los jóvenes y los adolescentes de la sociedad argentina actual, en la medida en que se trata del grupo que más se mueve, que más busca y deambula durante el día pero especialmente en la noche de las grandes ciudades.

Las tres modalidades emergentes –la ciudad de la nueva riqueza aislada y amurallada en los conurbanos y los barrios más caros; la ciudad de los sectores medios estabilizados y descendentes de los barrios tradicionales, poblados por vecinos atemorizados, y la ciudad de la nueva pobreza, con los asentamientos y las villas que crecen en los intersticios de la otra ciudad– hablan de un espacio en el que se expresa una cultura urbana común desafectada y descolectivizada.

Así, la vida de los diferentes barrios, pobres o de clase media, pierde calidad y sustento: sin confianza, se debilita la convivencia, la solidaridad y el encuentro. Y en ese clima, los jóvenes, a la vez victimarios y víctimas, no pueden circular con libertad.

Se trata de una vida urbana más agresiva, menos propicia para el encuentro y la gratificación común, en la que los diversos sectores sociales se encierran sobre sí mismos tratando de evitar el contacto con los otros. Síntomas de ello son los y los shoppings, con sus variadas propuestas, sus supermercados, comercios, lugares de entretenimiento, de comidas, de espectáculo, guarderías, todo ello en recintos cerrados y protegidos de la circulación de los indeseables. Son los nuevos ámbitos de la vida extradoméstica, parte de la geografía actual del consumo y de la seguridad en la que las grandes ciudades se encapsulan y que, según el poder adquisitivo de cada grupo, conforman un archipiélago de islas y burbujas donde los jóvenes, siempre necesitados de espacio y desplazamiento, buscando ámbitos para su inserción y encuentro, hacen su primera experiencia de vida.

Sin duda, un mundo urbano marcado por separaciones, fronteras e islas, un mundo hostil que limita las expectativas de futuro de la mayoría.